



LA HOJA de PARRA



MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
EDUARDO ZAMACOIS
El hijo.

CARLOS MIRANDA
¡Viva la almeja!

FERNANDO MORA
¡Buen visjor!

MIGUEL DE ZÁRRAGA
Los delatores.

JERÓNIMO GÓMEZ
La gitana celosa.

G. GOMEZ DE LA MATA
Una mujer.

TOVAR, DEMETRIO Y CIRIA
Varios dibujos y retrato de
La Gioconda.

LA GIOCONDA
Una cancionista que no
tiene más que un defecto:
el de ser demasiado
bonita.



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

El asunto más culminante de la anterior semana fué el lío de las jovas de la *Fornarina*, nuestra admirable cancionista. Ni los zurriagos que se proponen mauristas y ministeriales, ni los últimos y ¡ay! lamentables estrenos teatrales, nada ha logrado durante varios días los honores de la notoriedad como la denuncia de la famosa artista de varietés. Que si brillantes gordos como nueces, que si pendientes, que si cadenas..., y á todo esto, retratos por aquí, bombos por allá y entuertos por todas partes y en todo momento. Como se conoce que nuestra mundial amiga é ilustre paisana ha recorrido el globo por sus cinco costados, y

que sabe la importancia que para su ocupación habitual tiene el reclamo. En este deja en mantillas á Pepe Sabater, que es el rey de los exhibicionistas.

Y es que el reclamo es elemento imprescindible para todo el que del público y para el público vive. Ahí tienen ustedes á Carusso, como ejemplo bien notorio; el secreto de lo elevado de sus contratas está en las cosas que hace para llamar la atención. Un día besa en pleno paseo en Nueva York á la esposa de uno de los más conocidos aristócratas americanos, otro se hace robar por una cuadrilla de bandidos en Nápoles, otro finge que ha sido raptado por una millonaria, princesa rusa, y así sucesivamente. Claro es que todo esto le cuesta á Carusso bastante *carusso*; pero él le saca su producto elevando sus precios á raíz de cada aventura, que es lo que se trataba de demostrar.

Aquí, en la patria de La Cierva y del cocido con verdura, estamos todavía muy atrasados en materia de reclamos y exhibiciones; nos asustamos de cualquier cosa. Hasta nos parecen monstruosidades esos cándidos anuncios de la cuarta plana de los rotativos en que se ofrecen señoras discretas y caballeros jóvenes y vigorosos que desean protección de dama de cualquier edad y estado.

No hay por qué escandalizarse por tan poco, porque eso es señal de que vamos adelantando y poniéndonos casi al nivel de las naciones civilizadas.

Lo malo que tiene es que la mayoría de las veces esos anuncios á la europea son un completo timo de los perdigones. Yo sé de una señora que leyó en un periódico: «Joven de veinticinco años, casi atleta, dispuesto á sacrificarse por señora. Sabe hacer de todo. Servicio permanente, como en las funerarias. Escribe lista de Correos número tantos.» Bueno. pues mi amiga escribió, se puso al habla con el anunciante..., y luego resultó que era un solemnísimo embustero, pues al decir de interesada, ni era atleta, ni sabía hacer



Ella.—¡Que miran! ¡que miran!

El.—¡Pero si la que tiene que estarse quieta eres tú!

nada que tenía elementos para el servicio permanente que ofrecía con tanta fanfarría. Y naturalmente, la señora se llamó á engaño, y por poco presenta contra él una denuncia por estafa.

¶ Frente á estos reclamos que se hacen á tanto la línea ó á tanto la palabra, están los que de buena fe, y como noticia informativa dan algunos periódicos de esos que se las dan de muy cuidadosos de la moral de sus lectores. Así, por ejemplo, el otro día leí yo en *La Epoca* á la que nadie se atreverá á tildar de pecaminosa ni obscena, el siguiente suelto, que tumba de espaldas:

«Un toro, destinado á padrear, de la propiedad del doctor americano Leonardo Pereyra, que en la reciente Exposición de la Sociedad Rural de Buenos Aires adquirió el premio de campeonato, ha sido adjudicado en la suma de 186.560 francos á un negociante, apellidado M. Ginocchio.

La *Semaine Veterinaire* asegura que esta cantidad no es exagerada, dado el producto que se obtendrá del toro argentino.»

Presumo yo, que no ha sido el afortunado M. Ginocchio el que ha ido con la apreciable noticia al colega ni menos que fué el potente toro quien lleno de vanidad, muy legítima por cierto, escribió una atenta carta al sesudo diario conservador, dándole cuenta de su adquisición para los fines altamente sociales á que se le destina, sino que considerando el hecho como un acontecimiento digno de hacerse público, ha sido el periódico quien la ha insertado espontáneamente.

¡O quién sabe si en fondo hay una refinada indirecta para algún descontento que no ha logrado sacar partido del cambio de situación política, y con la publicación de la noticia quieren decirle, sobre poco más ó menos:

«Ya que no ha podido usted colarse en la combinación de cargos, no se desespere y cambie de rumbo. ¡Ofrezca á M. Ginocchio!»

Después de todo, y mirándolo con un poco de altruismo, he ahí un porvenir para muchos que no saben á qué aplicar sus actividades ¡186.560 francos por actuar de padre, aquí que hay tantos que hasta dan dinero encimal

Es cosa de estudiar, la conveniencia de celebrar un campeonato de índole parecida á ese de Buenos Aires, aunque cambiando el tipo. Vamos, que sea un campeonato de raza humana en lugar de ser de la bovina. Seguramente, habrá más de una bobina, que se entusiasme con lei dea.

Porque, vamos á ver. ¿Esos campeonatos no se organizan para el mejoramiento y selección de las razas? ¿No estamos diciendo constantemente que hay que vigorizar la raza? Pues entonces no hay duda de que es más que conveniente, necesario.

Tenemos campeonato de boxeo, de lucha greco-romana, de ciclismo, de football.



El niño.—Dime mamita: ¿Por qué soy yo un niño de corta edad?

La mamá.—Porque no tienes nada más que seis años.

El niño.—Entonces, Juanito, que es menor que yo, la tiene más corta.

Tengámoslos también de padres y elijamos uno que sea el prototipo padre.

Nada de exponer razones en contrario, porque ya saben ustedes que «contra un padre no hay razón.»

Lo gracioso sería, que resultase vencedor un padre de almas. Habría que pedir dispensa á Roma y decirle al Papa: «Dispensa, Sarto, pero nos hace mucha falta.» ¡El Sarto que iba á dar el Santo Padre!

Ya estoy viendo la tarjeta que se haría el vencedor del certamen. Diría así:

Potenciano Apollón

CAMPÓN DE RAZA FUERTE

PRECIOS CONVENCIONALES

¡Y habría cola en su consulta!

Un pequeño REPORTER

El hijo Todas las tardes, á la puerta del sol, los dos viejos vaciaban una botella de vino en la taberna del Pintao, junto á la iglesia, ante la plaza solitaria por donde pasaban, con fatigado caminar, los bueyes que volvían del campo. El tabernero les colocaba una mesa al aire libre, bajo la claridad, un poco triste, del crepúsculo; un terrible silencio gravitaba sobre el rústico pueblecillo; las calles, desiertas, se alejaban serpenteando por entre casucas grises, de un solo piso, con grandes aleros desiguales, renegridos

por la intemperie; en las puertas, algunos hombres vestidos cen zagones y sombreros serranos de blanda copa y tendida falda, meditaban con las manos metidas en los bolsillos del pantalón; á lo lejos vibraban las esquilas de los pastores; varios grupos de mujeres, las sencillas cabezas cubiertas por un refajo, cruzaron la plaza desapareciendo bajo el amplio portallón ojival del templo; en la inmensidad opalina del firmamento, la iglesia alzaba su torre gótica.

El viejo Leopoldo apuró un vaso de vino



Núm. 1 de «Modelo de piernas». En el número próximo las de la señorita A. G., que son inconfundibles.



—Ten cuidado, porque esa zorra quiere tirarse á uno de los dos.

pausadamente: luego encendió un cigarrillo y pareció esderar, mirando al espacio. Era anciano setentón, enjuto y alto; llevaba traje de pana y recias botas de cuero blanco; los dolores y el trabajo surcaron hondamente su rostro afeitado; sus ojos claros tenían el mirar tranquilo, inerte, de los presos que una larga condena acostumbra á ver pasar sin emoción las horas. Al fin exclamó, dando una palmada sobre la mesa:

—Bien, Jaime, cuenta: ¿qué sabes?

El otro viejo repuso:

—Yo no puedo decirte más de lo que aquí, en esta taberna, repitieron anoche Pablo, tu hijo, necesita dinero... y ha jurado matarte si no se lo das.

—¿Estabas tú aquí?

—Sí.

—¿Y oíste eso tú?

—Sí; y, como yo, el Pintao y tres ó cuatro vecinos más.

Leopoldo se quitó el sombrero con aire absorto, y sus dedos cetrinos y largos acariciaron su cabeza monda, entristecida por un cerquillo de blancos cabellos.

—Y tal vez —murmuró suspirando—, lo haga como lo dice.

La historia de aquel viejo era una de esas existencias oscuras que siempre parecen sospechosas, porque se desizaron sin testigos. Leopoldo había nacido en

aquel pueblo, y fué hijo de labradores pobres; á los veinte años la suerte le hizo soldado y peleó á las órdenes de Prim; llegó á sargento. Vuelto á su aldea, olvidó la vida regular y aventurera del campamento y empuñó el arado, sobre el cual su buen padre había envejecido; la tierra premiò generosa su trabajo; su huerta, cuidadosamente removida y regada, era una de las más ricas de aquellos contornos.

Poco tiempo después, Leopoldo casó con una muchacha lindísima, de la que tuvo un hijo; Pablo...

Transcurrieron dos años.

Un día supo Leopoldo por Jaime, su in-



El.—¡Yo te juro que me caso contigo!

Ella.—¡Mira que te cojo la palabra!...

El.—¡Cógemela! ¡cógemela!

timo amigo, que su mujer le engañaba. Jaime no pudo decirle fijamente con quién, pero sí le persuadió de que había un traidor. Por las mañanas, muy temprano, no bien él se iba al campo, un hombre penetraba en su casa, deshonorando aquel sitio

del lecho que él dejaba vacío. Esto lo sabía todo; el pueblo muchos decían que Pablo no era hijo suyo y unos lo contaban indignados y otros lo contaban riendo...

Leopoldo tenía, en la prudencia de Jaime, confianza absoluta, y ni un momento

jer. Al principio, Leopoldo quiso fingir un viaje para sorprender á los traidores en delito flagrante; esto era lo menos comprometido, lo más fácil; pero todavía, á despecho de afrenta tamaña, adoraba á la infiel y no podía dar con su venganza mayor

evidencia y publicidad á su crimen, ni tampoco afrontar, con baldón imborrable, el nombre de su hijo. Entonces resolvió buscar, para reñir con su enemigo, un pretexto cualquiera.

Una noche Leopoldo jugaba á los naipes con el arriero y otros amigos, en la taberna del Pintao. De repente, y á propósito de si hubo una sucia sustitución de cartas, trabóse entre los jugadores acalorada disputa. Todos acusaban á Leopoldo de trampa; el arriero, que tal vez le odiaba, fué más lejos llamándole ladrón. Leopoldo respondió al insulto con una bofetada, y los dos hombres salieron á la calle desafiados. El arriero quedó muerto en la plaza; Leopoldo fué á presidio por doce años.

Cuando salió del penal, se embarcó en un pailebot con rumbo á Almería, donde trabajó en las obras del muelle. Después fué á Valencia, y más tarde, y asociado con varios pescadores del Cabañal, se dedicó al contrabando de tabaco. Pasaron muchos años, y Leopoldo veía crecer su fortuna lentamente. De cuando en cuando el antiguo presidiario, que ya era viudo, recibía una carta de su amigo Jaime; cartas tristes, escritas con pluma de ave, que sólo hablaban de los viejos vecinos que habían muerto. Por Jaime sabía Leopoldo que ya nadie recordaba de él, que su hijo Pablo volvió del servicio militar y que era mozo poco aficionado al trabajo, jugador y camorrista, y relacionado íntimamente con la guntuza de peor calaña.



—Me canso de abrochar. ¡Cuidado que tiene botones!

dudó que fuese cierto lo que acababa de oír.

Desde entonces se dedicó á espiar á la culpable, ofreciéndola sigilosamente ocasiones y coyunturas propicias al pecado.

Sus indagaciones no fueron vanas; muy pronto conoció al traidor; era un arriero, vecino suyo, y pariente lejano de su mu-



El marido.—¡Pero mujer; todos los días te metes la gata en la cama!

Ella.—Porque siento la necesidad de estar cerca de algo que se mueva... porque lo que es tú no das señales de vida en toda la noche.

Resuelto á cuidar de aquel hijo que constituía su única familia, Leopoldo despidióse de los negocios y regresó á su pueblo. Todo estaba según él lo dejó treinta años antes; el egido, la iglesia, la plaza donde el arriero cayó muerto, la casita que fué suya, con el portalón obscuro por donde su deshonor y su ruina habían entrado...

Pablo le recibió bien: era un muchachón cuadrado y sanguíneo, impetuoso, hablador, simpático, con la simpatía truhanesca que deja en los borrachos las ausencias prolongadas de la conciencia. Leopoldo estaba encantado; aquel hijo le traía un reflejo de juventud y también un recuerdo de la infiel, aborrecida y adorada; el anciano se proponía corregirle de sus malos hábitos, comprarle tierras, aficionarle al trabajo y á la custodia de su hacienda, y, luego de regenerarlo, casarle con la muchacha más rica del lugar. Y Leopoldo se veía abuelo, consolándose de su lastimoso pasado con un rorro sobre las rodillas.

Aquellas ilusiones de honrada bonanza duraron poco. Cuando Leopoldo hablaba de su hijo, creía sorprender en los ojos

de sus interlocutores una sombra de ironía, y esto le recordaba lo que por el pueblo murmuraron antaño á propósito de quién fuese el verdadero padre de aquel niño.

Pablo era incorregible; jugaba, bebía; raros eran los domingos en que su continuo trato con rufianes y mancebas no le ponían la navaja en la mano; todo el dinero que Leopoldo le daba, no bastaba á satisfacer su sed de goces.

Una noche, y en visperas de feria, Pablo pidió dinero á su padre; éste se lo negó y el mozo llegó al insulto y á la amenaza:

—Pues si no me lo da usted por las buenas —dijo— yo sabré quitárselo por las malas.

En aquel momento, Leopoldo vió pasar por el semblante del joven una mirada, un gesto, algo inexpressable, que le recordó con evidencia terrible, las facciones del arriero, según él las vió, hinchadas por la cólera, la noche en que pelearon á muerte. Y entonces, instantáneamente, bajo la fe poderosa del instinto, el viejo presidia-

UNA «NENA» A LA MODERNA



—Me voy á poner interesante. Viene por ahí el marido de mi hermana.

de sus intenciones una sombra de lo
 - y así la recordaba lo que por el pas-



rio adquirió la convicción de que Pablo no era hijo suyo.

De esto hablaban aquella tarde Jaime y Leopoldo en la taberna del Pintao, ante la triste plaza desierta sobre la cual cernían las nubes una luz somnolienta y azulada. No transitaba nadie. Un perro escuálido hociqueaba en un montón de basura en busca de algún hueso olvidado.

—Ha jurado matarte —repetía Jaime no sabiendo cómo sacudir el fatalismo modorro de su amigo— y debes guardarte de él... Guárdate, por lo que más quieras. Mira que es hombre templao, muy capaz de cumplir una promesa... Ya ves tú si cumplirá un juramento.

Leopoldo se alzó de hombros.

—Si es hijo mío —dijo— no me matará; si no lo es, si también esa alegría me falta, más vale concluir de una vez.

Jaime procuró apartarle de tal resignación; pero el viejo presidiario permaneció indiferente.

Su pasividad en-

CÓMO SE RECOGEN LA FALDA



—Yo así.

cubría un gran fondo filosófico: el había matado al arriero: acaso el hijo del muerto sintiese anhelos oscuros de vengar á su padre...

Después de todo, la cosa sería natural, terriblemente natural. Muerte por muerte... Un hombre vale casi siempre tanto como otro... á veces más que otro...

—Déjale —prosiguió— quiero convenirme de si mintieron los que dijeron que Pablo no es hijo mío, y á eso ya sólo la voz de su sangre puede responder. Esperemos á que responda. Y no te asustes, Jaime. Ya ves, yo no me asusto tampoco y estoy debajo de su rabia y de su puñal... Vaya, vaya, no hab'emos más de esto. Que traigan de beber...

No hablaron más; las campanas volteaban bajo la puntiaguada cúpula de la torre gótica, llamando á oraciones; las devotas pasaban lentamente, moviendo los labios.

Al día siguiente, por la noche, Leopoldo

y Pablo riñeron, y éste, fuera de sí, asestó al anciano una tremenda cuchillada en el pecho. El antiguo presidiario fué conducido, moribundo, al hospital. Allí le vió Jaime; el herido apenas tuvo fuerzas para apretarle un poco la mano.

—Adiós —dijo—; ya sé lo que necesitaba saber; el pueblo tenía razón; Pablo no era hijo mío...

Eduardo ZAMACOIS



—Y yo así. (Continuará).

Leed en EL LIBRO POPULAR

Los tres dolores

novela completa por
CRISTOBAL DE CASTRO

20 céntimos

¡Viva la almeja!

Entre las costumbres viejas del hombre, ni por asomo, la hay tan arraigada como la afición á las almejas.

Quien desterrar se proponga del mundo ese substancioso



Ella.—¡Hombre no se corra usted porque le diga eso!

El (muy compungido).—¡No, si ahora que me acuerdo, no me corro nunca!

mariseo de «faz» oblonga, no hará sino hacer el oso.

Yo entiendo que no obro («salvo meliore») mal cuando busco,

por la calle, ese molusco hermafrodita y bivalvo.

Ni creo, lector, que pienses tú mal de mí si algún día voy á una pescadería cualquiera de los Mostenses.

Busque cada uno (yo opino así) lo que se le antoje, sin que por ello se enoje la opinión de su vecino.

¡Dejad que estreche los nexos de sus «conchas» con las mfas!... ¡Para algo tiene dos sexos la almeja, lectoras píasl!

Y, pues su hermafroditismo produce un doble placer, ¡que el hombre, cual la mujer, se dedique al «almejismo!»

Si es plato de nuestro gusto la almeja, el privarnos de él sería, no sólo injusto, sino despiadado y cruel.

No hay nada, según mi cuenta, como una almejitita con unas gotas de limón y algo de sal y pimienta.

Por consiguiente, presumo no es ninguna cosa fea que la rociemos con zumo de limón, ó lo que sea.

Rociémosla; puesto que, por gota de más ó menos, no hemos de ser —¡por mi fe!— ni más malos ni más buenos.

Y, pues el hombre no ceja de seguir con su afición tan arraigada y añeja, digamos: «¡Viva la almeja, con limón ó sin limón!»

Carlos MIRANDA

¡Buen viaje! Cuando entré en el andén, un empleade cerraba, con nervioso acelerado, las portuzuelas de los vagones y el Jefe de Estación consultaba la hora, disponiéndose a dar la salida.

—¡En este coche no, no! —me dijo asomando la nariz a uno en el que viajaban dos monjas y un artillero.

No era compañía muy a propósito para un viajecito de ¡¡28 horas!! y busqué otro departamento.

—¡Vacío! —Examiné otro. ¡¡Cinco criaturas!! —Otro. ¡¡¡Dos novios!!!

Dispuesto me hallaba a viajar en unión de las rezadoras y el militar, cuando una cara morena, graciosa y pícaro, me miró sonriendo.

—¿Tú? ¿Juanita?

Sí, era ella, la linda, la simpática, la agradable niñera madrileña que muchas tardes, bajo el tinglado de «Los baños de ola», sobre la rubia arena y mirando al mar, escuchó mis floreos y consintió mis exploraciones, artístico-escultóricas, de las que saqué la satisfacción de poder decir hoy al mundo: «Yo he visto una pierna más perfecta que la de Friné, y un busto más bello que el de Diana.»

—¿A Madrid?

—¡Ole!

—¿Sola?

—No, viene la cocinera; pero suba usted, que de seguida se pone roque.

Subí.

—Los amos se las pisan en el corre; salen después, y llegan antes... El señor nos espera al llegar.

Saludé a la compañera muy serietico, al obsequié con un caramelo (yo siempre viajo con el dulce introductor de conversaciones) y arrancó el tren.

Las muchacha; se asomaron a la ventanuca, la cocinera, que era flaca y rubia, primero y por cima de su hombro, la bonita Juana... Querían ver, por última vez, el mar que, verdozo y en calma, parecía un prado astur.

—¡Estese quieto! —dijo en voz baja la bonita.

—¡Esta es muy escamona... y la daría envidial

—¡Un beso! —supliqué tremante.

—Luego, cuando se duerma.

—¿Pero... duermes?

—¡Y ronca!... —respondió truhanesca.

—¡¡Verifiall ¡¡Villabonnall, cinco minutos.

Un túnel muy corto; luego otro un poco más largo; al tercero ya había besado mi boca aquella boca de coral, y habían chocado mis dientes con aquellos dientecitos de nardo.

Tras de Oviedo, la cocinera se durmió; a la salida del puerto, roncaba con estruendo de bombardino.

Con mi sombrerera, poniéndola junto a la macilenta luz que molestaba, hice una penumbra discreta que me permitió besar más veces. Un chasquido inoportuno, produjo en los departamentos contiguos un revuelo y una protesta.

—¡Muditos, pasel... —exclamó un chulo vendedor de quincalla durante el verano.

—¿Hay aproximación? —preguntó otro.

De un salto me puse lejos de Juanita que azorada, se asomó a la ventanilla y miró a la campiña.

—¡La gusta el paisaje! —dijo alguien en tono zumbón

—¡Y el paisañajel —añadió un quinto que se incorporaba.

Aquella subida, duró toda la subida del puerto; a la bajada, nos olvidó la chusma



EMILIA CALDERÓN
Gentilísima cancionista española.

envidiosa, pero al llegar á León, cesaron los túneles, y lo que es peor, brilló el sol y subió la pareja de la Guardia civil.

En los ojos de mi chullilla brillaba el deseo, y en sus labios, revoloteaba un beso que supe robar delante de los guardias.

—¡Ay chiquillo y qué castizo eres! —decíame la moza apretando mis dedos.

—¡A la noche lo vas á saber!

Hubo una pausa. La autoridad dormía.

ner frío, mi amiga y yo íbamos con calentura.

En Venta de Baños, se apearon los del tricornio; en Palencia, el militar y en Valladolid, la llana y polvorienta antesala de la Corte, el vendedor de baratijas.

—¡Ya... ya!... —dijo al oído de Juana.

—¡Sí!...

Pero no. Un tratante en granos, que iba á la feria de Medina, subió á nuestro departamento y locuaz, comunicativo nos contó su vida,

nos invitó á cenar; y charlando, charlando, llegamos á Medina del Campo.

—¡Medina; cincuenta y cinco minutos!

—¡Qué barbaridad! ¿por qué?

Nos miramos. Un gesto de disgusto nos puso de acuerdo.

—¿Quieres bajar?

Por la obscuridad que proyectaban los vagones, paseamos y nos acariciamos sin medida. Al fin, arrancó el convoy y... ¡fatalidad! la cocinera desperató de su sueño.

Nunca he sentido deseos de apearme en una estación y dejar marchar el tren; pero aquella noche lo pensé y lo propuse...

—¡Loco! ¡Se dormirá, yo te aseguro que se dormirá, pero que muy pronto!



Una. —¿Verdad que con este gorro parezco una zorra?

La otra. —Mira, no te enfades, pero sin el gorro también lo pareces.

El chulo y el militar hablaban de Mariscos. Juanita dijo suspirando:

—¿Cuándo se irá el sol?

Mi brazo abrazó su talle. No pude besarla en la boca y lo hice en una oreja.

Una descarga eléctrica pasó el cuerpo de la complaciente y acercándose á mí, añadió tartamuda:

—¡So golfol... ¡bésame más; en el oído! ¡anda! ¡muérdeme si quieres!

Llegó la noche. La gente aseguraba te

Una luna llena, pintaba de gris el campo y sacaba brillos fogaces á chinarrros y lagunillas.

Nuestra compañera tornó á roncar, y loco, sediento de goce, abracé con fiereza á mi amiga y fueron sus labios catarata de frases y besos. Sus pechos, cual desesperados prisioneros pugnaban por salir; yo le proporcioné la libertad y ví, admirado, dos blancas palomas de muy rojos picos.

Después, un brazo invisible y victor,



—El.—No vuelvo más á este cine porque me han pellizcado tres veces.

Ella.—¡Anda, pues á mí me han esta'jo pellizcando toda la noche, y yo me callaba porque creí que eras tú!

nos arrojó contra el suelo, y después... no me es posible recordar lo que pasó después. Si tenéis curiosidad por saberlo, preguntad á la luna, que descarada y pálida (¿de envidia?) no cesó de mirarnos.

Con un dulce sabor á besos, me dormí, y soñé que me preguntaba:

¿Qué influencia ejerce sobre las mujeres un tren en marcha que las hace tan amorosas?

Sin explicármelo ¡desperté.

—¡Villalba; dos minutos!

Mi amada de una noche dormía profundamente. La cocinera me pidió un caramelo que le di.

El tren volaba. Sobre los áridos rastros de «Las Matas» asomaba mi Madrid amado.

Despertó Juanita bajando los ojos al suelo. Aún la acaricié y pude saber su domicilio y aún, asomados á la ventanilla, la pude besar muy fogazmente.

¡Pozuelo! Después el Pardo; los Viveros; el paso-nivel, y después un señor gordo que nos recibe y agradecido me aprieta las manos.

—¿Con que el viaje bien?

—Muy bien, señor —responde la dormilona.

—¡De primera, de primera!... —agrego yo.

Y he estado por añadir, viendo la sonrisa de Juanita...

—¡De primera y... de vagón cama... señor mío!...

Pero... no me he atrevido, temí la negativa de mi adorable y bella confidente.

Fernando MORA

Los delatores Pues sí, amigos míos; mi mujer y yo nos separamos. Ella lo quiso, y lo merezco. ¿Por qué? Apenas encontraréis importancia en el motivo. Sus celos, los eternos celos, fueron causa primordial del rompimiento. Conque, escu-

¡CUIDADO CON LA PINTURA!



Ella.—No tengas ningún cuidado. ¡Es de los labios!

ohad; escuchad esta ligera anécdota que en el libro de mi vida se levanta humilde: desde ayer, como débil nubarrón en el cielo azul destacado. Escuchad...

II

Siempre fui empedernido jugador: mi juego preferible el de las damas. No sonréis...

Ayer salí por la tarde. Ya sabréis dón-



El.—¿Qué tienes pa esta noche?

Ella.—Sopa de ajo y sangre con cebolla.

El.—¿Está ya todo?

Ella.—La sopa sí, ahora estoy con la sangre.

de. Mi deber profesional me condujo al gabinete de Carmen. ¿Que quién es Carmen? Una de mis alumnas predilectas; alumnas, sí... porque supongo no habréis olvidado que sigo siendo profesor de idiomas, y que de las lenguas vivo.

Ellas, las lenguas, fueron el feliz recurso que me dió la conquista de Carmen...

Las lecciones son bien aprovechadas; corramos un velo.

III

Dejé, satisfecho, el gabinete de Carmen.

En el pasillo me encontré al papé que,

Biblioteca Regional de Madrid

bomachón como siempre, me tendía los brazos, cariñosos... cuando su ceño, repentinamente, se frunció, y de sus labios, hechos para reír tan sólo, brotó la sequedad de incomprensible saludo.

¿Por qué? Mi natural satisfacción, ingenuamente torpe, ni supo fingir ni creyó que pudiera pasar por sospechosa.

IV

Saludé á la mamá.

Feliz y sonriente me esperaba, y, como el padre, cambió bruscamente de expresión, cual si mi proximidad pudiera llevar el contagio de temida epidemia.

¡Todos, antes bondadosos, volvíanse a justos!

Hasta la doncella, preciosa rubia, *ayna de ser morena y sevillana*, que tantas veces escuchó agradecida mis naturales pipiros, dió tremendo portazo al [despedirme...]

V

Llegué á mi casa.

Ajena á mis lecciones, me esperaba Matilde como virgen desposada que espera... al que espera.

—¡Mi vidual! —murmuró amorosa.

—¡Mi amor! —contesté abriéndola mis brazos.

—¡¡¡Zás!!!...

—¡¡¡Ay!!!

Dos, dos muy diferentes, fueron los chasquidos que en la alcoba resonaron, en vez del beso que tembló en la boca...

—¡Vete! —gritó indignada, sin que yo pudiese comprender! — ¡Vete!

VI

Y temiendo otro ¡¡¡zás!!! llevéme al rostro la diestra... Del rostro á los ojos, que pugnaban por llorar arrepentidos... La nariz se dilató, y un ¡ahl de angustia se escapó de mis labios.

—¡Todo lo comprendo!

—¿Comprendes tu falta?

—¡Comprendo el bofetón!

La mano llevada al rostro dolorido, ofreció á mi nariz el grato olor que en la piel dejaron perfumes y polvos... ajenos al tocador de mi mujer.

■

Precisamente por eso regañamos.

Miguel de ZÁRRAGA

La gitana celosa

*Canción de la inimitable Pastora Imperio,
música de F. Orejón.*

Vengo buscando á una *chavea*,
y al instante que le vea
la lengua le he de arrancar,
pues tiene el alma el indino
más negra que una sartén
jáрта de freir tocino.

¡Camará!

Lo mismito que son siete
seis sotanas y un bonete,
me las tiene que pagar,
pues ha de pasar, al cabo,
las penas que pasa un perro
cuando le cortan el rabo.

¡Puñelá!

Por el niño de Belén,
como le llegue á encontrar,
requiescan in pase. Amén.
No lo digo por capricho,
ni lo digo por hablar:
jesta gitana garbosa,
no se deja jo... robar!
Señores, lo dicho, dicho:
¡No me dejo jo... robar!

Jerónimo GÓMEZ

Una mujer Arrebujiándose cuidadosamente entre los anchos pliegues de su bata, como una gatita friolera, y hundiendo su enfermizo cuerpo en los muelles de un sillón, miraba Carmen con cansancio los leños rojos que ardían en la chimenea.

Carmen dejó de contemplar la lumbre y clavó en mí su pálida mirada de hastío. Había en sus oscuros ojos el extraño cansancio de las mujeres ahitas, el amargo deseo de una emoción nueva, característico de los seres que en poco tiempo vivieron mucho.

—Léeme el periódico —dijo con su seca vocecilla de tuberculosa.

Cogí el diario y me acerqué á la luz.

De pronto, mi vista tropezó con un epígrafe en el que no había reparado al principio y dije volviéndome hacia ella:

—Un crimen, Carmen.

Carmen se volvía loca por las emociones, por todos esos incidentes de la vida que, aunque no nos interesan nada, nos emocionan algo. Así es que se levantó de repente del sillón en que descansaba y acercóse á mí, diciendo con curiosidad:

—¿Un crimen? ¿De qué se trata? Lee.

Era un crimen vulgar: el asesino era un hombre viejo, un pobre hombre casado con una mujer joven y bonita; ésta, como es natural, no encontrando un amante en su esposo, le engañaba; el marido sospechó el adulterio y una tarde, la tarde del



¡Otra bromita del chico del grabador!

crimen, se puso á espiarlos, sorprendiéndolos en plena infidelidad conyugal. Y he aquí el drama: el amante huyó, y el esposo ultrajado, ebrio de celos, como viejo macho á quien roban la hembra, abalanzóse sobre la adúltera cosiéndola á puñaladas. Después, cuando la infiel quedó bañada en sangre, sin vida, en vez de huir horrorizado de su obra, el marido se pre-

sentó á la justicia, confesándolo todo con un cinismo increíble; dijo que su mujer le había engañado, que él los espío á ella y á su amante, encontrándolos en pleno adulterio y que le había matado para castigarla. Era un crimen natural en el que no había nada de extraño ni artístico.

Dejé el periódico sobre una silla y dirigiéndome á Carmen, preguntéla con indiferencia:

—¿Qué te parece?

—Me parece un crimen magnífico—contestó—. El protagonista es un hombre en toda la acepción de la palabra, no es como esos jovencuelos románticos que matan sin motivo, *porque sí*, nada más. Este es un caballero que al ver su honor ultrajado mata á la culpable para vengar su honra.

Y Carmen, entusiasmada, continuó realizando todas las vulgaridades de aquel crimen que su loca fantasía de mujer nerviosa convertía en verdaderas heroicidades y en detalles artísticos. De pronto, clavó en mi rostro sus ojos violeta y dijo con ternura:

—Tú debes parecerle al criminal.

—Vaya una tontería de mal gusto—contesté malhumorado.

—Sí, sus señas coinciden en todo con las tuyas, debe ser un tipo como tú.

Viendo que no me gustaba aquello que decía, Carmen acercóse á mí, y haciéndome una porción de carantoñas, restregándose contra mi cuerpo con felinos espasmos, exclamó:

—No te enfades, tonto, no me pongas mala cara, si todo fué una broma...

Y empezó á acariciarme como nunca lo había hecho en el tiempo de nuestro matrimonio, llamándome «maridito suyo» y otros cariñosos epítetos. Pero me miraba con una insistencia como si en mí adorase al criminal que tanto le había impresionado.

—Vamos á acostarnos ya, que es tarde... —dijo con zalamería, haciéndome mil mimos.

Y, yo de mal humor y ella dichosa como nunca, marchamos á la alcoba.

Aquella noche Carmen me amó ardentemente, con un amor que jamás había yo visto en ella, fueron sus besos tan apasionados, se me entregó con tanta dulzura, tan amorosamente como nunca lo había hecho; y, sin embargo, á pesar de sus besos, de sus caricias, de todos aquellos mimos que tan generosa me prodigó, sentíame molesto cada vez que la oía decir que yo era muy parecido al criminal aquél que no se le quitaba de la mente.

Germán Gómez de la MATA

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES
RIVADAVIA, 1255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

TRES LIBROS INTERESANTES

| | | |
|--|------|----------|
| Tortilla al ron | 3 | pesetas. |
| Los quince goces del matrimonio. | 1 | " |
| Misterios del lecho conyugal. | 0,50 | " |

Se envía á provincias el libro que se desee remitiendo su importe, más 0,40 para franqueo y certificado. PIDIENDO LOS TRES LIBROS se envían certificados por CINCO pesetas. Al extranjero van por CINCO francos ó UN DOLLAR.

Los pedidos con su importe, diríjanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á América.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

Biblioteca Regional de Madrid